

2

El orden espontáneo del mercado como resultado no querido de la confluencia de los intereses egoístas de los individuos

Según señala Hayek, a quien seguimos de cerca en este razonamiento, la configuración del liberalismo tuvo lugar principalmente en el siglo XVIII y se inició en dos países: Inglaterra y Francia. Inglaterra conocía la libertad, pero Francia no. Como resultado tenemos dos tradiciones diferentes de la teoría de la libertad. Una, la inglesa, empírica y carente de sistema; la otra, la francesa, especulativa y racionalista. La primera basada en una interpretación de la tradición y las instituciones que había crecido de modo espontáneo y no se comprendía más que imperfectamente; la segunda, con su confianza en los poderes de la razón humana, atribuía a ésta el diseño y desarrollo de las instituciones sociales¹. Según Francis Lieber, "la tradición francesa trata de conseguir el más alto grado de civilización política en la

organización, es decir, en el más alto grado de intervención estatal. La cuestión de si esta intervención es despotismo o libertad se decide sólo por el hecho de quién interviene y por los destinatarios de los beneficios derivados de la intervención, mientras que de acuerdo con la tradición inglesa tal intervención consistiría siempre en absolutismo o aristocracia². A mediados del siglo XIX la tradición francesa habría desplazado prácticamente a la tradición inglesa en la doctrina y en la propaganda política.

Por lo que se refiere a sus orígenes, configuración y desarrollo, la tradición inglesa debe ligarse principalmente al pensamiento de un grupo escocés de filósofos morales encabezados por David Hume, Adam Smith y Adam Ferguson³, secundados por sus contemporáneos Josiah Tucker, Edmund Burke y William Paley, de una larga tradición enraizada en la jurisprudencia del Derecho Común.

La francesa aparece de la mano del grupo de ilustrados franceses fuertemente influido por el racionalismo cartesiano y que personifica la escuela continental; los representantes más importantes son los enciclopedistas, los fisiócratas, Rousseau y Condorcet. Pero la división no coincide exactamente con los límites geográficos, pues Montesquieu y, ya en el XIX, sobre todo Alexis Tocqueville, están más cerca de la tradición británica, mientras que los planteamientos de Hobbes concuerdan mejor con la tradición racionalista.

Aunque ambos grupos cooperaron a la fundación del liberalismo moderno, sus propuestas son profundamente diferentes. La primera diferencia se refiere a la concepción del mundo, la inglesa esencialmente empírica frente a la concepción racionalista francesa. "La tradición inglesa encuentra la esencia de la libertad en la espontaneidad, la francesa en la persecución y consecución de un fin colectivo. La primera está a favor del método de la prueba y el error, la otra en pro de un patrón obligatorio únicamente válido"⁴.

Los filósofos ingleses explican el origen de las instituciones en la supervivencia de lo que tiene éxito, no en la planificación ni en las invenciones. Adam Ferguson lo expresó afirmando que "las naciones tropiezan con instituciones que ciertamente son el resultado de la acción humana, pero no la ejecución del designio humano"⁵.

La tradición británica y sus concepciones van a provocar el desarrollo gradual de un cuerpo de teoría social demostrativa de que las relaciones entre los hombres y sus instituciones surgían de las acciones separadas de numerosos individuos que ignoraban lo que estaban haciendo, más bien que inventadas u obedeciendo a un plan. Se demostraba así la existencia de un orden que no era resultado del plan de la inteligencia humana ni se adscribía a la invención de ninguna mente sobrenatural y eminente, sino que provenía de la evolución adaptable. La argumentación se dirige contra la concepción cartesiana de una razón humana independiente y anteriormente existente que ha inventado las instituciones y contra la idea de que la sociedad civil ha sido formada por algún primitivo y sabio legislador o un primitivo "contrato social". La tradición racionalista presupone que el hombre originariamente estaba dotado de atributos morales e intelectuales que le facilitaban la transformación deliberada de la civilización; la tradición evolucionista piensa que la civilización fue el resultado acumulativo costosamente logrado tras ensayos y errores, que la civilización es la suma de experiencias, en parte transmitidas de generación en generación, como conocimiento explícito, pero en gran medida incorporado implícitamente a instrumentos e instituciones que habían probado su superioridad, instituciones que sirven a los fines humanos sin que la humanidad las comprenda.

Sin embargo, los moralistas escoceses del siglo XVIII eran conscientes de lo delicada que era esta estructura artificial de la civilización, puesto que descansaba en los más primitivos

organización, es decir, en el más alto grado de intervención estatal. La cuestión de si esta intervención es despotismo o libertad se decide sólo por el hecho de quién interviene y por los destinatarios de los beneficios derivados de la intervención, mientras que de acuerdo con la tradición inglesa tal intervención consistiría siempre en absolutismo o aristocracia². A mediados del siglo XIX la tradición francesa habría desplazado prácticamente a la tradición inglesa en la doctrina y en la propaganda política.

Por lo que se refiere a sus orígenes, configuración y desarrollo, la tradición inglesa debe ligarse principalmente al pensamiento de un grupo escocés de filósofos morales encabezados por David Hume, Adam Smith y Adam Ferguson³, secundados por sus contemporáneos Josiah Tucker, Edmund Burke y William Paley, de una larga tradición enraizada en la jurisprudencia del Derecho Común.

La francesa aparece de la mano del grupo de ilustrados franceses fuertemente influido por el racionalismo cartesiano y que personifica la escuela continental; los representantes más importantes son los enciclopedistas, los fisiócratas, Rousseau y Condorcet. Pero la división no coincide exactamente con los límites geográficos, pues Montesquieu y, ya en el XIX, sobre todo Alexis Tocqueville, están más cerca de la tradición británica, mientras que los planteamientos de Hobbes concuerdan mejor con la tradición racionalista.

Aunque ambos grupos cooperaron a la fundación del liberalismo moderno, sus propuestas son profundamente diferentes. La primera diferencia se refiere a la concepción del mundo, la inglesa esencialmente empírica frente a la concepción racionalista francesa. "La tradición inglesa encuentra la esencia de la libertad en la espontaneidad, la francesa en la persecución y consecución de un fin colectivo. La primera está a favor del método de la prueba y el error, la otra en pro de un patrón obligatorio únicamente válido"⁴.

Los filósofos ingleses explican el origen de las instituciones en la supervivencia de lo que tiene éxito, no en la planificación ni en las invenciones. Adam Ferguson lo expresó afirmando que "las naciones tropiezan con instituciones que ciertamente son el resultado de la acción humana, pero no la ejecución del designio humano"⁵.

La tradición británica y sus concepciones van a provocar el desarrollo gradual de un cuerpo de teoría social demostrativa de que las relaciones entre los hombres y sus instituciones surgían de las acciones separadas de numerosos individuos que ignoraban lo que estaban haciendo, más bien que inventadas u obedeciendo a un plan. Se demostraba así la existencia de un orden que no era resultado del plan de la inteligencia humana ni se adscribía a la invención de ninguna mente sobrenatural y eminente, sino que provenía de la evolución adaptable. La argumentación se dirige contra la concepción cartesiana de una razón humana independiente y anteriormente existente que ha inventado las instituciones y contra la idea de que la sociedad civil ha sido formada por algún primitivo y sabio legislador o un primitivo "contrato social". La tradición racionalista presupone que el hombre originariamente estaba dotado de atributos morales e intelectuales que le facilitaban la transformación deliberada de la civilización; la tradición evolucionista piensa que la civilización fue el resultado acumulativo costosamente logrado tras ensayos y errores, que la civilización es la suma de experiencias, en parte transmitidas de generación en generación, como conocimiento explícito, pero en gran medida incorporado implícitamente a instrumentos e instituciones que habían probado su superioridad, instituciones que sirven a los fines humanos sin que la humanidad las comprenda.

Sin embargo, los moralistas escoceses del siglo XVIII eran conscientes de lo delicada que era esta estructura artificial de la civilización, puesto que descansaba en los más primitivos

instintos del hombre amasados y controlados por instituciones que ni él había ideado ni podía controlar. Sabían que para reconciliar los conflictos de intereses se requieren los artificios de las instituciones y tradiciones. Su problema radicó en la manera de "dirigir ese motor universal de la naturaleza humana que es el amor propio, tanto en este caso como en los restantes, a fin de promover el interés público mediante los esfuerzos que haga para conseguir su propio interés"⁶.

Pensaban nuestros autores que fueron las instituciones desarrolladas para asegurar "vida, libertad y prosperidad" las que hicieron beneficiosos para la colectividad esos esfuerzos individuales. Así, para Adam Smith el beneficioso funcionamiento del sistema económico se apoyaba en la libertad bajo la ley, pues:

Aquella seguridad que las leyes británicas dieron a cada uno de sus habitantes para que cada uno pudiera gozar del fruto de su trabajo es, por sí sola, suficiente para hacer que florezca cualquier nación, a pesar de ésta y otras veinte regulaciones comerciales; y dicha seguridad fue perfeccionada por la Revolución (de 1688) casi por la misma época en que se estableció la prima (sobre el trigo). El esfuerzo natural que hace todo individuo para mejorar de condición, cuando se desarrolla por los cauces que señalan la seguridad y la libertad, es un principio tan poderoso, que él solo, sin otra asistencia, suele ser bastante para conducir la sociedad a la prosperidad y a la riqueza, y aun para vencer los obstáculos opuestos por algunas leyes humanas poco meditadas, aun cuando lo cierto es que el efecto de aquellos obstáculos es vulnerar su libertad o atacar su seguridad, en mayor o menor grado⁷.

La importancia atribuida por Adam Smith a las instituciones y a la legislación ha sido resaltada por C. A. Cooke al afirmar que "la teoría político-económica, que tiene su fuen-

te en la *Riqueza de las naciones*, se puede considerar como una teoría coherente del derecho y la legislación. El famoso pasaje de la *mano invisible* se alza como esencia del punto de vista jurídico sustentado por A. Smith"⁸.

Los filósofos morales ingleses sabían que la canalización de los esfuerzos individuales hacia objetivos socialmente beneficiosos no tenían nada de mágico, sino que todo el éxito consistía en la evolución de "instituciones bien concebidas", donde se podían conciliar las "reglas y principios de los intereses contrapuestos y los beneficios transaccionables"⁹.

Finalmente, en orden al cuerpo central de este trabajo, interesa resaltar la diferente concepción de la naturaleza humana en ambas tradiciones. Las teorías racionalistas, proclives al utopismo y a la planificación, partían de la premisa de la racionalidad fundamental del individuo, así como de la natural inteligencia y bondad de dicho individuo. La teoría evolucionista, más cerca de la tradición de la falibilidad y maldad del hombre, demostró cómo ciertos arreglos institucionales inducirían al hombre a usar su inteligencia encaminándola hacia las mejores consecuencias y cómo las instituciones podrían concebirse de tal forma que los individuos nocivos hicieran el menor daño posible.

Así, David Hume afirma:

Los escritores políticos establecen como máxima inconclusa, que al formular un sistema de gobierno y fijar los diversos controles de las constituciones debe partirse de la base que los hombres son pícaros, sin otro fin, en lo que respecta a sus acciones, que promover su interés privado¹⁰.

Con el fin de entender el orden y los efectos beneficiosos del mercado, es necesario indagar entorno a los orígenes y antecedentes de aquel hallazgo tan fructífero de Adam Fer-

guson, que se conoce con el nombre de ley de las consecuencias no queridas, y que, para el caso que nos ocupa, dio lugar a la identificación de una clase de fenómenos que aunque sea el "resultado de la acción humana", no son "producto del designio humano".

Según señala Hayek, en la Grecia clásica se había establecido una división de los fenómenos, que permitía contraponer aquellos con existencia independiente de la acción humana a aquellos otros consecuencia de la acción humana. De donde aquella clase de fenómenos que mencionábamos más arriba —que aunque sean el "resultado de la acción humana" no son "producto del designio humano"— constituirían la tercera clase. Se trataba de una clase de fenómenos cuya explicación exigió todo un nuevo corpus teórico de conocimiento del que finalmente nacerían las ciencias sociales. A tal necesidad respondieron durante la segunda mitad del siglo XVIII en el campo de la economía los filósofos morales escoceses conducidos por Adam Smith.

Como hemos venido insistiendo, no resulta exagerado afirmar que las ciencias sociales nacen y se nutren del descubrimiento de la existencia de estructuras ordenadas que, aunque sean consecuencia de una actividad plural, no son resultado del designio humano. De la misma forma parece que las instituciones son el resultado final de procesos evolutivos cuyos efectos nadie previó ni proyectó.

En el ámbito económico, aunque todavía persisten reticencias y prejuicios para la aceptación del concepto de mano invisible, que no fue sino el intento por parte de Adam Smith de explicar el hecho de que cada ser humano se ve conducido a contribuir al logro de fines que no entraban en su ánimo colmar, sin embargo, en la práctica, las políticas económicas cada vez tienen más en cuenta las recomendaciones de Adam Smith, encaminadas a respetar el orden de mercado cuando nos advierte:

El hombre dado a la sistematización imagina que ha de poder ordenar los diferentes miembros de una gran sociedad con la misma facilidad con que se disponen las piezas de un tablero de ajedrez. No advierte que, mientras las figuras no tienen otro principio motor que aquel que la mano les transmite, en el gran tablero de la sociedad humana cada pieza posee su propio impulso, siempre diferente del que el legislador puede desear imprimirle. Si ambos coinciden y actúan al unísono, el juego resultará fácil y armónico también, probablemente grato y fructífero. Si fueran opuestos o divergentes, el juego resultará penoso y la sociedad se hallará en todo momento inmersa en el mayor desorden¹¹.

Pues bien, el texto no puede ser más explícito en torno a los elementos que deben manejar los responsables del orden económico en particular.

Este sistema coordinador de los comportamientos individuales, que facilita considerablemente la coincidencia de expectativas y la utilización tanto de los conocimientos como de la pericia ajena, exige el pago del precio consistente en la renuncia a algunas de nuestras restantes expectativas.

La sociedad, como apunta David Hume, parece que surgió gracias al descubrimiento de que los seres humanos pueden convivir pacíficamente y lograr beneficios mutuos sin tener que coincidir en sus fines particulares, cuando aceptan reglas de conducta abstractas, que permiten extender la convivencia más allá del pequeño grupo; y de que los hombres advirtieron que tal realidad facilita a cada ser humano la posibilidad de obtener ventajas derivadas de los conocimientos y de la pericia de terceros que no precisa conocer personalmente. La introducción del trueque y luego del comercio monetario facilitaron considerablemente esa colaboración. Admitido el hecho de que distintas personas poseen diferentes apetencias respecto a los mismos bienes, fue fácil descu-

brir que en cada trueque hay beneficio mutuo, que cada individuo puede beneficiarse del esfuerzo del otro a cambio de proporcionarle lo que éste precisa. Generó así el mercado un orden espontáneo, en cuyo ámbito la gente somete su conducta a las reglas que definan los derechos de propiedad y que garanticen, siempre que sea por mutuo consentimiento, el cumplimiento de los contratos para la transmisión de la propiedad. Son éstas las reglas a que se refería Adam Smith cuando habla de la justicia

como principal pilar de todo el edificio. Eliminado aquél, toda la grande e inmensa estructura de la sociedad humana, cuya construcción y sostenimiento, si se me permiten los términos, parece haber sido el peculiar y el más entrañable desvelo de la naturaleza, se desintegrará al instante¹².

Notas

- ¹ F. A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, pp. 83-84. Para la elaboración de este apartado he seguido muy de cerca a F. A. Hayek en sus obras *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, S.A., Madrid, 1978, especialmente el capítulo IV, *Derecho, Legislación y Libertad*, Unión Editorial, Madrid, 1979, volúmenes I y II (volumen I: capítulo II; volumen II: capítulos X y XI).
- ² F. Lieber, "Anglican and Gallian Liberty" (1848), citado por F. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, S. A., Madrid, 1978, pp. 84-85.

- ⁷ A. Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes the Wealth of Nations* (1776), ed. R. H. Campbell y A. S. Skinner, Clarendon Press, Oxford, 1975. Entre corchetes aparecen las páginas correspondientes de la edición española del FCE. IV, v, b. 43, p. 540 [481].
- ⁸ C. A. Cooke, "Adam Smith and Jurisprudence", *Law Quarterly Review*, LI, 1935, p. 328, citado por Hayek, *op. cit.*, p. 92.
- ⁹ E. Burke, *Thoughts and Details on Scarcity*, Works VII, citado por Hayek, *op. cit.*, p. 93.
- ¹⁰ D. Hume, *Essays moral Political and Literary*, Liberty-Classics, Idianapolis, 1987, *Essays I*, VI, p. 43.
- ¹¹ A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, VI, ii, 2, 17, ed. de D. Raphael y A. L. Mactie, Clarendon Press, Oxford, 1979, p. 233-234.
- ¹² A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, II, ii, 3, 4, p. 80.

- ³ Ezequiel Gallo ha realizado un excelente estudio sobre las aportaciones realizadas por estos tres últimos autores. Ezequiel Gallo, "La tradición del orden social espontáneo", *Libertas*, n.º 6, mayo de 1987, año IV, pp. 131-153.
- ⁴ J. S. Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy*, Penguin Books, 1952, pp. 2 y 71.
- ⁵ A. Ferguson, *An Essay on the History of Civil Society* (1767), Cambridge University Press, Cambridge, 1995, III, sec. II, p. 119.
- ⁶ Josiah Tucker, *The Elements of Commerce* (1755, citado por Hayek, *op. cit.*, p. 92).